

A woman with a blonde ponytail, wearing a dark suit, is walking away from the camera on a staircase. The background is a blurred, blue-toned architectural structure. The text is overlaid on the image.

**LISA
SCOTTOLINE**

**EL MOMENTO
DE LA VERDAD**

Rosato & Associates - 5

Jack Newlin, un prestigioso abogado de Filadelfia, llega por la noche a su casa y encuentra a su esposa muerta en el salón. Jack da por hecho que la autora del crimen es su hija Paige, de dieciséis años. Aquella noche la chica tenía que comunicarle a su madre que estaba embarazada y él está convencido de que, en un arrebato, la joven perdió la cabeza. No le queda más remedio que declararse culpable para proteger a su hija. Pero Mary DiNunzio, la abogada de Jack, sabe que su cliente es inocente. Pronto descubre el embarazo de Paige y las continuas peleas con su madre, una mujer alcohólica, odiosa y escandalosamente rica. Y el hecho de que aquella noche en la casa, además de Paige, había otra persona...

Para mi madre y mi hermano

Nunca hice que nadie pasara por un infierno.
Simplemente dije la verdad y pensaron que era
el infierno.

HARRY S. TRUMAN

LIBRO PRIMERO

1

JACK NEWLIN no había tenido más remedio que declararse culpable de asesinato. Una vez trazado el plan, su único temor era no poder salirse con la suya: que no fuera lo bastante buen mentiroso, incluso para ser abogado.

Los detectives habían llevado a Jack, esposado, a una pequeña habitación sin ventanas de Roundhouse, el edificio de la central de policía de Filadelfia. Atornillada al suelo, en el centro de la estancia, había una silla de acero de recto respaldo que a Jack le recordó la silla eléctrica. Apartó la mirada.

Las paredes eran de un gris deslucido y estaban estropeadas por rozaduras y marcas que dejaban al descubierto el revestimiento. Apoyado contra una de las paredes se veía un carrito para máquinas de escribir sobre el que había una negra Smith-Corona, y, ante la mesa, dos sillas de madera. Una de ellas crujió cuando el corpulento detective que se había presentado como Stan Kovich tomó asiento con las piernas muy separadas.

—Siéntese, señor Newlin —indicó el detective, señalando la otra silla que tenía enfrente.

—Gracias.

Jack se acomodó notando que el policía había descartado la silla de acero, evidentemente reservada para los asesinos que no eran ricos. A Jack nunca le había gustado el trato de favor. Hijo de un contable, se había abierto camino duramente en el colegio y la universidad hasta convertirse en un abogado de la propiedad inmobiliaria que ganaba sumas de siete cifras; sin embargo, incluso siendo generosas, las ganancias de su bufete seguían pareciendo una miseria al lado del dinero de la familia de su esposa. Siempre

había deseado que la fortuna de los Buxton estuviera en otras manos, pero en esos momentos se alegraba de que no fuera así: el dinero siempre era un móvil creíble para un asesinato.

—¿Quiere una soda, una Coca-Cola o algo? —preguntó Kovich.

El detective llevaba una camisa blanca de manga corta, ligera para el invierno, cuyo cuello se abría por culpa de su cogote de toro. Era fuerte y cargado de hombros, pero estaba demasiado gordo, y sus pantalones Sansabelt caqui se le tensaban sobre los muslos. Una bulbosa y vulgar nariz dominaba su cara, y sus mejillas resultaban tan carnosas que se le aplastaban contra la montura de las gafas, dorada y grande, de aviador. Las lentes bifocales le agrandaban los ojos, castaños, que observaban a Jack sin delatar opinión alguna.

—No, gracias. Nada para beber.

Jack cruzó deliberadamente la mirada con el detective Kovich, de raza negra, que se encontraba más cerca y parecía más amistoso que el otro policía: apoyado contra la pared, con sus suaves mocasines italianos, no había dicho palabra aparte de presentarse. Alzándose por encima de un metro ochenta, alto y flaco, tenía un rostro tan delgado como su cuerpo, una boca pequeña y fina y una nariz casi demasiado grande en proporción a sus altos pómulos. Unos ojos muy negros, casi de ónice, miraban desde lo alto de su rostro, como jueces en un estrado.

—Empecemos. Cuénteme algo de usted, señor Newlin.

—Kovich sonrió, mostrando unos dientes manchados de café—. ¡Ah!, dicho sea de paso y para que conste: esta entrevista está siendo grabada en vídeo. —Hizo un gesto indefinido hacia el sucio espejo de la pared, pero Jack no miró y se esforzó para que su falsa confesión resultara convincente.

—Bueno, tengo cuarenta y tres años. Soy socio del bufete Tribe & Wright, donde dirijo el departamento de pro-

piedades y fideicomisos. Fui alumno de la Universidad de Derecho de Pensilvania, de Yale y, antes de eso, en Girard.

—¡Vaya, impresionante! —asintió Kovich.

—Gracias —contestó Jack.

De lo que más orgulloso estaba era de Girard, un internado creado por la Fundación Girard para niños huérfanos. Girard era toda una institución en Filadelfia. De otro modo nunca habría podido acceder a Yale ni a ninguna otra universidad.

—¿De dónde es usted?

—De Filadelfia norte, de Torresdale.

—¿Su familia sigue viviendo allí?

—No. Mi padre murió hace mucho, y mi madre falleció el año pasado de cáncer de pulmón.

—Sé lo que es eso. Yo perdí a mi madre hace dos años. No es ninguna bagatela.

—Lo siento —dijo Jack. «Ninguna Bagatela». Era un eufemismo tan evidente que notó una amargura en la boca. Su madre, muerta. Su padre muerto igualmente, hacía mucho; y en esos momentos, Honor. Se aclaró la garganta—. ¿Qué tal si proseguimos?

—Claro, claro —asintió Kovich rápidamente—. Así pues, es usted abogado en el bufete Tribe. Es un tinglado bastante grande, ¿no? Leí algo de él en los diarios, sobre lo que ganan al cabo del año. Es como si imprimieran dinero.

—No crea todo lo que lee. Los periodistas han de vender periódicos.

—No hace falta que me lo diga. —Kovich se echó a reír, un sonido ronco y gutural que surgió de su garganta. Se dio la vuelta hacia el otro policía, que seguía apoyado contra la pared—. ¿No, Mick? —preguntó.

El detective, que se había presentado como Reginald Brinkley y no «Mick», se limitó a asentir como toda respuesta, y el fruncimiento de sus labios le dijo a Jack que no apreciaba aquel tipo de atenciones. Brinkley, también de mediana edad, llevaba una chaqueta de *sport* bien cortada

y una corbata marrón que seguía correctamente anudada a pesar de lo avanzado de la hora y sujeta a su camisa blanca por una pinza de oro. Su mirada resultaba glacial, y el leve alzamiento del mentón denotaba claramente agravio. Jack no sabía qué había hecho para irritar al detective, pero confió en que, fuera lo que fuese, sirviera para perjudicarlo.

—Bueno, señor Newlin... —decía Kovich—. Oiga, ¿puedo llamarlo Jack?

—Claro.

—¿Tiene usted más parientes? ¿Hijos, quizá?

—Uno.

—¿Ah, sí? —El tono de Kovich cobró vida—. ¿De qué tipo?

—Una chica. Mi hija.

—¿Qué años tiene?

—Dieciséis.

—¡Yo tengo una de dieciséis! —Kovich sonrió mostrando sus feos dientes—. ¡Adolescentes! Son toda una movida, ¿verdad? ¿Solo tiene una?

—Sí.

—Yo tengo otra de trece. También una niña. Y la casa llena de secadores de pelo. Mi mujer dice que, cuando no están en el baño, están chateando. ¿La suya también le da todo el día al ordenador?

Jack carraspeó de nuevo.

—Mire, no quisiera parecer maleducado pero ¿hay alguna razón para que estemos perdiendo el tiempo con charlas?

No quería entrar en el tema de su hija, y, además, su comentario parecía algo que bien podría haber dicho un asesino.

—Bueno, verá... Lo de notificar al pariente más próximo es tarea nuestra. Se trata del procedimiento habitual, Jack.

Se puso tenso. Tendría que haber pensado en ello. La policía sería quien se lo dijera a Paige.

—Mi hija vive por su cuenta. No me gustaría que escuchara semejantes noticias de boca de la policía. ¿No podría comunicárselo personalmente?

—¿Dieciséis años y ya vive por su cuenta?

—Está legalmente emancipada y tiene una brillante carrera por delante.

—¿Legalmente emancipada? ¿Qué es eso?

—Mi mujer y yo hicimos los papeles. El borrador lo preparé yo diciendo básicamente que es legalmente adulta. Vive por su cuenta y gana su propio dinero. Es modelo. En cualquier caso, preferiría ser yo quien le contara lo de su madre. —Hizo una pausa—. Podría llamarla después de haber hablado con ustedes. Verán, la verdad es que deseo hacer una confesión completa ahora mismo.

Los labios de Kovich se abrieron ligeramente, y, tras él, los ojos de Brinkley se entrecerraron.

A Jack se le secó la boca ante aquella reacción. Quizá se había precipitado.

—Escuchen, me siento fatal, simplemente fatal. Esta noche ha ocurrido algo espantoso. No puedo dar crédito a lo que he hecho. Quiero quitármelo de la conciencia.

Kovich asintió comprensivamente.

—¿Nos está diciendo que desea hacer una confesión?

—Una confesión. Eso es. —La voz de Jack sonaba verdaderamente trémula, incluso a sus oídos.

—Bien. De acuerdo. Tenga paciencia conmigo. —Kovich se dio la vuelta hacia la mesa haciendo crujir la silla y cogió las hojas de un formulario, grueso a causa del viejo papel carbón. Lo encajó tras el rodillo de la máquina de escribir tratando de que no se arrugara. El detective no era especialmente diestro, sus manos estaban más acostumbradas a forcejear y a retorcer brazos en la espalda que a manejar impresos—. Escuche, Jack, debo informarle de sus derechos Miranda: tiene derecho a permanecer en silencio, tiene derecho a...

—Conozco mis derechos.

—A pesar de todo, tengo que decírselos. Es la ley. —Kovich le recitó rápidamente las advertencias Miranda mientras alisaba los poco colaboradores impresos y situaba el carro de máquina en el espacio del encabezamiento: «Acta de entrevistas de investigación. Departamento de Homicidios»—. ¿Ha comprendido sus derechos?

—Sí. No necesito un abogado. Quiero hacer una confesión.

—¿Quiere decir que renuncia a su derecho a recibir asistencia jurídica? —preguntó Kovich asintiendo con la cabeza.

—Sí. Renuncio a mi derecho a la asistencia jurídica.

—¿Se halla usted en este momento bajo los efectos de las drogas o el alcohol?

—No. Bueno, me tomé unos *whiskies* hace un rato, pero fue antes.

Kovich frunció el entrecejo tras sus gafas de aviador.

—No estará ebrio ahora, ¿verdad?

—No. Únicamente me tomé dos, y fue hace bastante. Me encuentro perfectamente sobrio.

Kovich cogió otro impreso, dos páginas.

—Muy bien. Va a tener que firmar esto para la renuncia. Firme en la primera página. Luego, tiene que escribir en la segunda. —Deslizó las hojas por encima de la mesa. Jack firmó en la primera hoja, escribió «sí» tras todas las preguntas de la segunda y las devolvió—. Empezaremos con las P & R, las «preguntas y respuestas». —Kovich se dio la vuelta y empezó a teclear números en la caja de la derecha. «Casilla número»—. Es el procedimiento. Tenga paciencia, ¿quiere?

—Claro.

Jack observó a Kovich teclear y tuvo la sensación de que confesar un asesinato, aunque fuera falso, podía tratarse de algo tan corriente como abrir una cuenta en el banco; una ocasión burocrática: se rellenaba un formulario por triplicado y lo metían a uno en la cárcel de por vida.

—Declare su nombre y dirección, por favor.

—Mi nombre es Jack Newlin, y mi dirección es el 382 de Galwith's Alley. —Decirlo lo relajó.

Iba todo como la seda. Entonces el detective negro carraspeó.

—Olvide las «preguntas y respuestas» por un momento, señor Newlin —dijo el detective Brinkley levantando una mano de largos y huesudos dedos. Se enderezó y se abrochó el botón de en medio de la chaqueta, anunciando con ese simple gesto que tomaba las riendas del asunto—. Cuéntenos con sus propias palabras lo que sucedió.

Jack tragó saliva. Eso iba a ser más difícil de hacer. Intentó olvidarse de la cámara de vídeo y de los escrutadores ojos del detective.

—Supongo que debería contarles que mi matrimonio no iba bien últimamente; la verdad es que desde hace un año. Honor no era especialmente feliz conmigo.

—¿Se veía usted con otra mujer? —La pregunta del detective Brinkley surgió brusca como un disparo, desconcertando a Jack.

—No. Claro que no. Nunca.

Kovich, bruscamente fuera de juego, empezó a teclear con sorprendente rapidez. Grandes letras aparecieron en mayúscula en la línea subrayada: «NO. NUNCA».

—¿Y ella? ¿Se veía con otro hombre?

—No. No había nada de eso. Simplemente teníamos problemas, problemas normales. Uno de ellos era que Honor bebía y que la cosa iba a peor.

—¿Era alcohólica?

—Sí. Alcohólica. —A lo largo del año anterior, Jack se había repetido que Honor no era alcohólica, simplemente una bebedora empedernida, como si la diferencia pudiera tener alguna importancia—. Nos peleábamos cada vez más a menudo, hasta que esta noche me dijo que quería el divorcio.

—¿Y usted qué contestó?

—Le dije que no. Estaba sorprendido. No quería divorciarme. No me cabía en la cabeza. Yo la quiero... Bueno, la quería.

—¿Por qué le pidió ella el divorcio?

—Nuestros problemas siempre se reducían a lo mismo: mi mujer creía que yo no era lo bastante bueno para ella, que al casarse conmigo había bajado de categoría. —Hasta ahí era cierto.

Los puntos negros de su matrimonio le eran tan familiares como los baches de la calle, y se habían vuelto cada vez más difíciles de sortear.

Brinkley asintió.

—¿Cuál fue el motivo que originó la pelea de esta noche?

—Esta noche se suponía que teníamos que cenar juntos, solos los dos, pero me retrasé. —La sensación de culpa ahogo las palabras de Jack sin que hubiera nada falso en ella. Si hubiera llegado a la hora, nada de aquello habría ocurrido, y ese no había sido más que el más pequeño de sus errores—. Honor estaba enfadada conmigo, furiosa, y ya estaba borracha cuando llegué. Empezó a gritarme en cuanto crucé la puerta.

—¿Gritarle? ¿Qué?

—Que llegaba tarde, que no me preocupaba por nadie salvo por mí mismo, que me odiaba, que la había decepcionado, que le había arruinado la vida. —Jack repasó las palabras de los tópicos de su matrimonio y recordó los detalles de la escena del crimen que había escenificado. Al regresar a casa había hallado a su esposa muerta, pero, tan pronto como comprendió quién la había matado y por qué, supo que debía conseguir que pareciera que había sido él quien lo había hecho. Había contenido su espanto y dispuesto los detalles para que lo señalaran como el asesino, incluyendo lo de tomarse dos tragos de Glenfiddich por si la policía le hacía un análisis de sangre—. Entonces me serví un trago y después otro. Aquello me ponía enfermo. Du-

rante años había intentado hacerla feliz; pero, hiciera lo que hiciese, nunca estaba contenta. Lo que pasó a continuación fue terrible. Es posible que fuera por el *whisky*. No bebo a menudo. Me puse furioso.

—¿Furioso? —Brinkley ladeó la cabeza. Su cabello era corto y raleaba, de manera que se le veía la calva—. Bonita palabra, «furioso».

—Sí, furioso. —Jack se obligó a proseguir con su plan—. Me refiero a que me hizo estallar, me puso frenético. Sus gritos, sus insultos... Algo saltó en mi interior. Perdí el control. —Recordó los otros detalles de la falsa escena del crimen: había estrellado el vaso de cristal contra el *parquet* como presa de una rabia asesina—. Le tiré mi vaso, pero ella se burló. No podía soportarla, riéndose de mí de aquel modo. Me dijo que me odiaba, que lo primero que haría por la mañana sería preparar los papeles. —Jack rebuscó en su cerebro más detalles, pero salió con las manos vacías, así que alzó la voz—. Lo único en que podía pensar era: «No puedo soportarlo más. Odio sus amenazas, la odio, la odio y quiero que se calle». Así pues, cogí el cuchillo.

—¿Qué cuchillo?

—El cuchillo de trinchar, un Henkels.

Kovich dejó de teclear, perplejo.

—¿Qué es un Henkels?

—Un cuchillo, de moda —aclaró Brinkley, pero Kovich simplemente frunció el entrecejo.

—¿Cómo se deletrea?

Jack deletreó la palabra mientras el policía la iba escribiendo, pero Brinkley no esperó.

—Señor Newlin, ¿dónde estaba el cuchillo?

—En la mesa del comedor.

—¿Por qué había un cuchillo para trinchar en la mesa del comedor?

—Estaba junto a la cena, filete *mignon* frío. Ella debió de usarlo para cortar la carne. Le encantaba el filete; era su

plato favorito. Lo había preparado de entrante. El cuchillo estaba allí delante, y lo cogí de la mesa.

—¿Qué hizo luego?

—Es difícil de decir. Me refiero a que es tan horrible...

—El rostro de Jack se desmoronó con una profunda tristeza, y, de repente, notó cada arruga y sacudida de la edad. No intentó ocultar su tristeza. Habría parecido remordimiento—. Yo... Yo... cogí el cuchillo y la maté.

—¿Apuñaló a su mujer hasta matarla?

—Sí. Apuñalé a mi mujer hasta matarla —repitió Jack, sorprendido por poder articular semejantes palabras.

Lo cierto era que había recogido el cuchillo, que inexplicablemente habían dejado tirado, y lo había rodeado con los dedos, borrando cualquier huella con las suyas.

—¿Cuántas veces?

—¿Qué?

—¿Cuántas veces la apuñaló?

Jack se estremeció. No había pensado en eso.

—No lo sé. Puede que fuera el *whisky*, pero me encontraba en un estado de frenesí. Como en trance. Simplemente la apuñalé una y otra vez.

En la máquina de escribir, Kovich tecleó: «SIMPLEMENTE LA APUÑALÉ UNA Y OTRA VEZ».

—Y se manchó las manos y el traje de sangre.

—Sí. —Bajó la vista y miró los restos de la sangre de Honor que le salpicaban la corbata de seda azul, secos como el papel entre sus dedos.

Se había manchado con la sangre él mismo, arrodillándose al lado del cadáver de su mujer, y aquello lo había enviado directamente al cuarto de baño, con un nudo de repulsión en la garganta.

—¿Gritó ella?

—Creo que sí. No recuerdo si lo hizo con fuerza —añadió por si interrogaban a los vecinos.

—¿Se le resistió?